

tiempo de apoderarse del gobierno de una vez. La izquierda cometió la falta imperdonable de coaligarse con la derecha en la contestación al discurso de la corona, para acusar al ministerio de haber comprado la paz á costa del honor nacional. La prudencia mas elemental, dijo Guizot, debería haber aconsejado á la izquierda apoyar á un ministerio que colocado entre los dos partidos extremos se inclinaba mas del lado de la libertad que del ultramontanismo y que para sostenerse necesitaba el auxilio de los liberales. Este voto abrió los ojos á Richelieu, el cual en seguida se presentó al conde de Artois para recordarle su promesa de dos años antes, sin la cual jamás se habría vuelto á encargar del gobierno. El príncipe le dijo con la mayor serenidad: «Querido

duque, V. ha tomado mis palabras demasiado literalmente, y además... ¡la situación era entonces tan difícil!...» Richelieu no pudo proferir una palabra, miró estupefacto al príncipe, luego le volvió la espalda, salió cerrando tras sí la puerta con un fuerte golpe y corrió á comunicar su cruel desengaño á su amigo y colega Pasquier, gritando: «¡No cumple su palabra! ¡palabra de noble!» Cuando despues participó al rey el resultado de su conferencia, le contestó Luis XVIII: «¡Qué quiere usted! Artois ha conspirado contra Luis XVI, despues contra mí y finalmente conspirará contra sí mismo.» El 2 de diciembre de 1821 presentó Richelieu, por segunda vez, su dimisión. despues de haber trabajado seis años inútilmente para conducir á sus correligionarios á una política



Villèle

racional superior al mezquino espíritu de partido, pero sin la energía y el talento indispensables para separarse de ellos desde el momento en que conoció la imposibilidad de dirigirlos.

Fué reemplazado el ministerio Richelieu por otro francamente reaccionario, si bien su presidente, Villèle, no participaba en absoluto de todas las intenciones y pasiones de la derecha. Sus compañeros principales eran Corbière, ministro del Interior, Montmorency, que lo era del Exterior, y el ministro de Justicia Peyronnet. El rey escribió á su amigo íntimo Decazes: «Al fin se lleva la victoria Villèle, pero le creo bastante racional para no dejarse arrastrar por su partido á todas las locuras que se le ocurran. Yo, por mi parte, me eclipso por el momento. Me someto á las consecuencias del gobierno constitucional, pero no hasta el punto de jugar mi corona, que estoy resuelto á defender si á mi hermano se le antojase comprometerla.»

Apenas había alcanzado la reacción la tan deseada victoria cuando también reoblabaron su actividad las sociedades secretas. La carbonaria, que había tenido su origen en Francia y había sido despues importada de Nápoles por dos fran-

ceses, miembros de la otra sociedad secreta de los Amigos de la Verdad (1), ganó muchos adeptos, particularmente entre la generación joven, y además entre muchos conspiradores antiguos, como Lafayette, que fué presidente de la logia suprema y que atrajo á la sociedad á muchos amigos suyos. Con los carbonarios se refundió otra sociedad secreta, la de los Caballeros de la Libertad. El objeto de todos era la expulsión de los Borbones, y el medio, efectuar el levantamiento simultáneamente en tres puntos extremos y distantes entre sí, en Saumur, Belfort y Marsella. Pero como tantas veces sucede, estrellóse este plan contra algun obstáculo imprevisto. Los conspiradores no por eso se desanimaron, y en tres años hicieron nada menos que ocho tentativas, de las cuales solamente una llegó á un principio de ejecución, á saber, la del general Berton, en 1822, en Thouars, cerca de Saumur. Esta tentativa tampoco fué feliz, porque el general cayó en manos de la policía con otros conspiradores. Habiendo conseguido la policía atraer á los conspiradores de Colmar á un lazo que les tenía preparado, descubrió algunos hilos de la

(1) Véase Holde, *Histoire des sociétés secrètes*, cap. II.

trama, y aunque no había pruebas respecto de los jefes, el fiscal de Poitiers creyó poder denunciar como participantes en la conspiración á cinco diputados, entre ellos á Lafayette, Constant y Lafitte, lo cual suscitó en la cámara una tempestad por parte de la izquierda. La derecha no retrocedió y pidió un escarmiento duro, que fué en efecto aplicado. En el espacio de dos semanas hubo nueve ejecuciones capitales, pero los patíbulo en que entonces murieron el general Berton y sus cómplices fueron los últimos que en Francia se han levantado por delitos políticos, porque la opinión pública se pronunció contra este abuso de la fuerza, y Guizot dió entonces á luz su escrito sobre la pena de muerte en materia política. De las últimas víctimas ninguna era inocente, pero á pesar de esto, produjo su ejecución una honda impresión en el país en extremo desfavorable á la institución monárquica. Lo que acabó de indignar hasta á las personas mas pacíficas y benévolas fué la torpeza del gobierno en hacer ejecutar á cuatro sargentos de la Rochela el día del cumpleaños de la princesa real mas joven, día que celebró la corte con ruidosas fiestas, que dieron lugar al siguiente dístico callejero:

*Louis sait se donner deux plaisirs en un jour,
On égorge à la Grève et l'on danse à la cour.*

Todo esto dió ánimo á los ultra-realistas para aumentar sus exigencias. El proyecto de ley de imprenta presentado por el ministerio, severísimo ya por sí, fué reforzado en sentido mas despótico todavía, aboliendo el jurado y encargando la vista de las causas á los tribunales comunes, que en estas materias fallaban sin apelación, con lo cual quedó sometida la prensa á la arbitrariedad de los jueces reales.

La violencia que reinaba en los debates de la cámara había hecho necesario un reglamento excesivamente severo pero que resultó también impotente, y la exacerbación llegó á un extremo lamentable, porque lo pasado era para todos los partidos una herida siempre abierta y dolorosísima que al menor roce provocaba gritos de rabia. La derecha acusaba á los oradores de la izquierda de cómplices en las últimas conspiraciones, y Manuel excitó la ira ciega de los realistas recordando desde la tribuna, con su espantosa sangre fría, que los Borbones á su vuelta á Francia habían sido recibidos por la nación con repugnancia manifiesta. La enemistad y el odio lo exageraban todo; cada partido acusaba al otro de alimentar los proyectos mas negros, y Villèle cedía á la presión de la derecha mucho mas que sus predecesores, con lo cual exacerbaba los ánimos en lugar de tranquilizar á los amigos del orden. La parcialidad en los juicios y fallos de los delitos de imprenta era lo que irritaba mas, porque mientras la prensa liberal luchaba penosamente por su existencia, agobiada por penas impuestas á granel y por frecuentes supresiones y anulaciones de permisos, la prensa realista y ultramontana podía permitirse todas las injurias contra sus adversarios, como la de llamar un periódico á los hombres que componían la minoría de la cámara *des forçats libérés ou liberaux* (presidarios puestos en libertad, ó liberales).

Como en 1815, distinguióse también esta vez el gobierno de los ultra-reaccionarios por los favores con que colmó al clero. La dignidad de gran maestre de la universidad, abolida desde la caída de Napoleon, fué restablecida con atribuciones mas latas y conferida á Frayssinous, obispo de Hermopolis, ministro de Culto y clero, capellan del rey y persona docta, piadosa y de opiniones moderadas; pero siempre era una injusticia que en un país en que estaba garantida por la constitución la completa libertad de cultos, un sacerdote, y sacerdote de la religión del Estado, fuese el encargado de la dirección del departamento del Culto y

clero, y de la Instrucción pública. No tardó Frayssinous en verse, efectivamente, molestado por pretensiones que no pudo menos de satisfacer, á despecho de sus ideas moderadas. Tuvo que dar respecto de la universidad disposiciones severísimas para contentar el exclusivismo invasor de los ultramontanos y de los reaccionarios; muchos catedráticos que no eran del gusto de estos dos partidos, fueron eliminados del cuerpo docente; la clase de Guizot sobre la historia moderna, fué suspendida, como había sucedido ya el año antes á Víctor Cousin con su clase de filosofía; Silvestre de Sazy perdió su puesto en el consejo de instrucción y fué reemplazado por un clérigo. Los teatros fueron sometidos á la censura mas rigurosa; en los tribunales se cercenó el derecho de la defensa y por lo mismo las atribuciones de los procuradores y abogados, y finalmente, se dejó campo libre á la propaganda católica, sin reparar en los medios que empleaba. Y con todo esto y á pesar de muchas otras disposiciones y actos de este género, los ultra-reaccionarios acusaban al ministerio de no levantar bastante en alto la bandera de la monarquía absoluta, siendo Chateaubriand uno de los que mas gritaban, porque siempre y en todas las posiciones se sentía postergado. Para hacerle callar se le nombró embajador en Londres, en el puesto de Decazes, que fué exonerado por demasiado liberal.

CAPITULO V

EL CONGRESO DE VERONA Y LA INTERVENCION ARMADA EN ESPAÑA

Esta lucha sañuda de partidos que tenía á la nación francesa en continua agitación, estaba en gran parte influida por los sucesos del otro lado de los Pirineos. Los liberales franceses, al ver cuán fácil había sido el triunfo de los liberales españoles, conservaban siempre viva la esperanza de triunfar también en su país; mientras los reaccionarios franceses se horripilaban al ver vilipendiado el trono y la anarquía triunfante en España, todo por efecto de la dominación del partido liberal, no dudando que idénticas abominaciones se repetirían en Francia si el partido liberal de su país llegara á medrar y á empuñar las riendas del gobierno. A fin de que esto no sucediera, les parecía de toda necesidad, especialmente despues del mal éxito del golpe de Estado intentado por Fernando VII, que las armas francesas acabasen de una vez con el gobierno liberal de Madrid. El mismo ministerio apenas ocultó sus simpatías por el partido reaccionario español, á cuyos individuos, emigrados en Francia, dejó amplia libertad para organizarse, conspirar contra el gobierno liberal de su país y mantener con sus correligionarios en España las relaciones mas latas. Un cordón militar que estableció el ministerio francés en la frontera pirenaica con el pretexto de preservar á la Francia de la fiebre amarilla, que decían asolaba la España, sirvió en realidad para facilitar la contra-revolución en la península; y tanto era así que en la misma frontera fué capturado un convoy de armas y municiones enviado á los insurgentes realistas españoles por el ministro de la Guerra Montmorency y el director de policía Franchet, con gran escándalo de los liberales de ambos países. A pesar de esto, rehuía Villèle todavía acudir oficial y públicamente al socorro de Fernando VII, pero el facilísimo éxito de la intervención austriaca en Nápoles era un aliciente poderoso para repetir el mismo experimento en España.

A principios del año 1822 participó el rey de Nápoles á los soberanos de Francia, Austria y Rusia que su sobrino el rey de España le había encargado, confidencialmente, de pedir la intervención de los citados monarcas para que le

sacasen de su cautiverio y le restituyesen su plena libertad. El czar fué el único que desde luego se mostró dispuesto á acceder á la demanda, como que ya en Troppau habia expresado al representante francés La Ferronaye el deseo de que su país se encargase respecto de España de la noble mision que el Austria habia cumplido respecto de Nápoles. El grito de socorro de Fernando VII volvió á despertar todo su entusiasmo por una campaña general europea contra España, cuartel general de la revolucion y del jacobinismo, amenaza perenne para la Francia y la Europa entera, y otra prueba nueva y evidente de la necesidad de su tantas veces propuesto pacto de garantía universal. Además presentaba la mejor ocasion de poner otra vez sobre el tapete esta cuestion el congreso de Verona, al cual asistían dos emperadores, los reyes de Prusia, de Cerdeña y de Nápoles, los soberanos menores de Italia y toda una cohorte de diplomáticos, que á falta de materia de discusion se recreaban oyendo las óperas de Rossini, saboreando el canto de la Catalani y refocilándose en la grandiosa fiesta del anfiteatro.

Metternich no participó de este entusiasmo, aunque la regencia facciosa establecida en la Seo de Urgel, se habia dirigido á él impetrando en su situacion apurada su pronto auxilio. Ninguna gracia tenia para el diplomático austriaco la marcha de un ejército ruso al través de Alemania para consolidar en España un régimen constitucional, aunque fuese arreglado al gusto del emperador Alejandro. Para evitar todo esto y conservar al mismo tiempo la amistad con Inglaterra y la influencia personal que habia conseguido sobre el czar en el congreso de Troppau, habria sido lo mejor que los realistas españoles hubiesen vencido á sus contrarios sin auxilio extranjero. Desgraciadamente desbarataron sus trabajos los representantes franceses en el congreso, Montmorency y Chateaubriand, cuyo celo excesivo dió á la cuestion un giro distinto. Las instrucciones de Villèle les mandaban observar la mayor reserva para evitar una ruptura con el gobierno liberal español; pero los dos enviados citados hicieron todo lo contrario, y Chateaubriand, aunque Austria y Prusia estaban contra la guerra, conjuró á su gobierno á no dejar escapar esta ocasion, quizás la única, de restituir á la Francia su categoría de gran potencia militar y rehabilitar la bandera blanca con esta empresa de corta duracion y casi exenta de riesgo, sin dejarse guiar por el Austria ni la Prusia. El 20 de octubre preguntó Montmorency al congreso si, en caso de retirar la Francia su embajador en Madrid, las otras potencias harian lo mismo, y si en caso de una guerra entre Francia y España, la primera podria contar con el auxilio de sus aliados. Sin vacilar contestó el czar Alejandro que estaba pronto á enviar á Francia, por la via de Alemania y el Piamonte, un ejército de 150,000 hombres en el caso de que los jacobinos franceses quisiesen aprovechar la ausencia del ejército para derribar al gobierno, y que si convenia haria pasar este ejército tambien á España. El representante francés Montmorency habria admitido la proposicion al instante á no haberle hecho comprender Wellington y Metternich el peligro que encerraba semejante auxilio armado, y gracias á sus esfuerzos pudo evitarse la intervencion rusa (1).

No quedaba, pues, mas intervencion posible que la francesa, pero al llegar las cosas á este punto operóse en la política extranjera de Inglaterra el cambio que ya se habia dejado entrever en el congreso de Troppau. Castlereagh, en un ataque de enajenacion mental, se cortó con un cortaplumas la arteria del cuello, el 22 de agosto de 1822, cuando estaba á punto de partir para el congreso de Verona, y le sucedió en la presidencia del gabinete Jorge Canning, el único can-

(1) Wellington, *Despatches*, tomo I, pág. 457 y siguientes.

didato admisible á pesar de las muchas inconsecuencias que habia cometido con gran perjuicio de su fama. Desde el primer momento conoció el pueblo inglés que una mano enérgica manejaba el timon del Estado. Sacar á su país de la abyeccion en que lo habian hundido sus predecesores y levantarle otra vez en el consejo de las grandes naciones á la altura que habia ocupado en épocas anteriores, fué el objeto de toda la política de Canning. Desde luego dió orden á Wellington de declarar al congreso de Verona que Inglaterra no tomara parte en ninguna intervencion armada. Era esta una protesta á la cual se debia limitar, por lo pronto, el nuevo ministerio inglés, que estaba decidido á no permitir á la Santa Alianza que ejerciese supremacía en la política internacional. Para este objeto era propicia la ocasion de la cuestion española, y aunque no estaba el gobierno inglés preparado para apoyar su política enérgica con las armas, no dejó de producir un cambio muy notable en la posicion relativa de las demás potencias europeas. Desde luego Inglaterra se separó de la cuádruple alianza, formada contra Napoleon en un principio, y en su lugar entró en ella el gobierno francés, sobre la base de la intervencion armada en España.

Las cuatro potencias aliadas no dieron la menor importancia á la declaracion de Inglaterra, pues que su protesta relativa á la intervencion en Italia tampoco habia detenido un ápice el curso de los sucesos. Pasaron, pues, adelante y convinieron en retirar sus embajadores en Madrid y en los demás pasos que habrian de dar en todos aquellos casos que la intervencion proyectada pudiera suscitar. Wellington, cumpliendo con sus nuevas instrucciones, corrió á Paris para inutilizar en aquella corte la influencia del embajador ruso Pozzo di Borgo y apoyar la política pacífica de Villèle, tanto mas en su lugar cuanto que las cosas en España habian tomado un aspecto que no daba motivo para una intervencion urgente, porque ningun peligro corrían ni el trono ni la familia real. Villèle, sin embargo, no tuvo valor para pronunciarse abiertamente por la paz, por grande que fuese su aversion á la guerra, porque dependia de su partido, que consideraba como su mision principal la intervencion y la restauracion del gobierno absoluto en España, cosa que para él equivalia á una cruzada contra el liberalismo en su propio país. Esta dependencia dió á la política de Villèle un carácter vacilante, pero tuvo el valor de pedir al congreso un aplazamiento de las disposiciones relativas á la intervencion, no obstante la oposicion de sus colegas. Esto dió alguna esperanza á Wellington, que partió de Paris bajo esta impresion el 20 de diciembre. Sin embargo, en aquel mismo día llegó de Verona Chateaubriand con la contestacion del congreso, el cual se habia negado al aplazamiento y pedia la intervencion inmediata. Sobre esto reunióse el 25 el ministerio, y todos los ministros menos Villèle se declararon conformes con las tres grandes potencias de la Santa Alianza, empezando por la retirada del embajador francés en Madrid. Villèle se opuso porque no queria ir á remolque de las tres potencias ni dejar á Inglaterra el privilegio de ser la protectora única de la independencia española, y con asombro de todo el mundo decidióse el rey en su favor. Montmorency dimitió y su cartera fué dada á Chateaubriand, nombramiento que echó á perder el plan de Villèle, de evitar la guerra sin romper con la derecha de la cámara. Villèle habia creído que Chateaubriand le ayudaria, pero este no le habia apoyado hasta entonces sino para conseguir su deseo secreto pero indomable, de llegar á ser ministro, y habiéndolo logrado, cambió de conducta. En el congreso de Verona, las grandes atenciones de que se habia visto objeto habian aumentado la exagerada opinion que tenia de sí mismo, y regresó á Francia con la firme creencia de que él era el único hombre capaz de hacer

triunfar el principio monárquico en toda la Europa y de devolver á la Francia su importancia anterior. Así entró en el ministerio con la resolucion inquebrantable de asociarse incondicionalmente á las otras tres potencias, y finalmente logró vencer hasta la resistencia obstinada de Villèle, á lo cual le ayudó tambien la terquedad ciega con que el ministerio liberal de Madrid se hizo el sordo á todos los consejos del gabinete francés (1).

No habia obtenido mejor resultado Canning, que desde su entrada en el gabinete inglés habia trabajado mucho para hacer entender la razon al ministerio español, á cuyo fin habia reemplazado al embajador Hervey con Acourt, mucho mas enérgico. Además indujo á Wellington, que como grande de España y duque de Ciudad-Rodrigo conservaba siempre cierta influencia en el país, á enviar á Madrid á lord Somerset, su amigo de confianza, para hacer ver al ministerio que convenia mostrarse condescendiente con el gobierno francés, á fin de quitarle todo pretexto para la proyectada intervencion armada. Pero ni todo esto ni el aviso de la resolucion terminante del gobierno inglés de guardar neutralidad en caso de guerra, produjeron el menor efecto, ni siquiera la menor demostracion para asegurar la benevolencia de la Gran Bretaña. El 6 de enero de 1823 leyeron los embajadores de Rusia, Austria y Prusia al presidente del consejo de ministros, San Miguel, tres comunicaciones de sus respectivos gobiernos, redactadas conforme á lo convenido en el congreso de Verona (2). San Miguel contestó negativamente á sus exigencias é inmediatamente pidieron los tres embajadores sus pasaportes, haciendo lo mismo poco despues el embajador francés. La altanería y obcecacion del ministerio fueron tan grandes que dió tambien pasaporte al nuncio porque el papa no habia querido admitir como embajador de España á un eclesiástico jansenista (3).

Las cortes resolvieron, en su exaltacion patriótica, dirigir un manifiesto á todas las naciones de Europa, porque no podian disimularse su falta completa de recursos. El ejército estaba desorganizado, las arcas del Estado vacías; el gobierno, dividido por intereses personales, solo podia sostenerse con medidas extremas, y las sublevaciones en las provincias ganaban tanto terreno que una partida de 5,000 realistas aragoneses pudo llegar hasta siete leguas de Madrid, donde derrotó una division del ejército que fué enviada contra ellos, hasta que otra division mas fuerte logró rechazarlos. La esperanza de que el temor á una revolucion en su país impediria al gobierno francés suscitar una guerra con España, se desvaneció, porque la impaciencia belicosa de la derecha se habia trasformado en furor y sus periódicos acusaban á los ministros de traidores porque tardaban en realizar la invasion; de suerte que Villèle, vista la imposibilidad de conjurar la tempestad con otras concesiones latas, cedió al clamoreo.

El 23 de enero de 1823 abriéronse las cámaras, y cuando en el discurso de la corona se leyó el pasaje en que se decia que estaba preparado un ejército de 100,000 franceses á las órdenes del duque de Angulema y bajo la invocacion del Dios de San Luis para conservar á un nieto del rey Enrique IV el trono de España, resonó la sala con los aplausos

(1) Téngase presente que aun antes de saber si el gobierno español oiria ó no los consejos del francés y del inglés, la Santa Alianza habia decretado ya la intervencion, que de todos modos se habria llevado á cabo. (N. del T.)

(2) Es decir, mucho antes de que se dieran los consejos de que se trata. (N. del T.)

(3) Nada tuvo que ver esta cuestion con la no admission en Roma del sabio D. Joaquín Lorenzo Villanueva, que tampoco era jansenista. (N. del T.)

frenéticos de la derecha. Luego añadia el discurso que era preciso restituir á Fernando VII su libertad, á fin de que diera á su pueblo las instituciones que de nadie sino de él debia recibir, las cuales asegurarian su tranquilidad y al mismo tiempo desvanecerian los temores de la vecina Francia. Sobre esto y los cien millones de francos que pidió el gobierno para la expedicion á España, se levantó una gran polvareda en la cámara entre los dos partidos opuestos, no solamente por la diferencia de principios y la pasion de partido sino tambien por el recuerdo, fresco todavia, del descalabro de las armas francesas en la guerra de la independencia española. Talleyrand levantó su voz para poner al gobierno legítimo en guardia contra sus propios desvarios y Chateaubriand trató de demostrar en un discurso brillante, como trabajo retórico, la necesidad de evitar á Fernando VII la lúgubre suerte de Luis XVI de Francia y de Carlos I de Inglaterra; pero contestó el diputado Manuel, sin hacer caso de las interrupciones furiosas de la derecha: «Usted quiere salvar la vida á Fernando VII; pues bien, entonces no provoque V. las mismas circunstancias que llevaron al cadalso á aquellos que tan vivo interés le merecen ¿Ha podido olvidar V. que los Estuardos perdieron el trono porque buscaron apoyo en el extranjero, y que Luis XVI cayó porque las potencias extranjeras intervinieron en Francia?... ¿Es menester que yo diga aquí que el peligro de la familia real de Francia llegó á su colmo cabalmente cuando la Francia revolucionaria conoció que para defenderse necesitaba desplegar nuevas fuerzas y una nueva energía?» Al llegar á este punto la derecha ahogó con sus gritos frenéticos la voz del orador, se hubo de suspender la sesion y al reanudarse los debates no se permitió que se leyera á la cámara una carta del mismo diputado, en la cual comunicaba la frase final de su discurso que no le habia permitido la gritería pronunciar y que decia con gran frescura: «La invasion de los austriacos y de los prusianos contribuyó á la muerte de Luis XVI.»

La cámara votó la exclusion del diputado atrevido para el resto de aquella legislatura. Manuel, sin embargo, volvió á ocupar su puesto en la sesion siguiente y declaró que solo lo abandonaria á la fuerza. Fué requerida la guardia nacional y como esta rehusara poner las manos sobre el diputado, fué llamada la gendarmería, que le sacó del salon. Siguiéronle todos los diputados de la izquierda, que eran sesenta y dos, los cuales protestaron y declararon que no tomarian parte en adelante en las discusiones de la cámara.

La mayoría cometió una falta imperdonable con la expulsion del diputado Manuel, porque era un acto de odio y de ferocidad que perjudicó á la restauracion profundamente. Por lo pronto, la izquierda sembró la agitacion en la masa del pueblo francés, excitando su odio contra el partido dominante. En esta ocasion faltó por primera vez la guardia nacional á la obediencia, lo cual era otro mal cuyas consecuencias recogió el partido reaccionario posteriormente.

La legislatura siguió adelante, hallándose el ministerio sin recursos en frente del partido ultra-reaccionario, que dominaba en absoluto sin oposicion ninguna, pero de cuyo fanatismo ciego el gobierno no podia participar, porque no ignoraba que el espíritu del ejército dejaba mucho que desear á la sazón. Las grandes palabras como *nietos de San Luis, el penacho de Enrique IV, la monarquía de Luis XIV* y otras que los realistas sacaron enmohecidas de entre otros trastos vetustos de su desvan histórico, producian poco ó ningun efecto en la clase de tropa, que en cambio prestaba dócil oído á las insinuaciones de las sociedades secretas, y no se ha podido averiguar si habia tambien quien lo prestara entre una parte de la oficialidad y acaso entre los jefes superiores. La confiscacion por la policia de una remesa de emblemas